



Miquel Barceló

«Cuando comienzo a escribir acabo dibujando,
como en los cuadernos de la escuela»

«Tanto frío y esa nieve irán bien contra las plagas y para matar bichos que dañan árboles y plantas: la mosca, la procesionaria del pino, el coleóptero *banyariquer* que horada y seca las encinas». Habla Miquel Barceló (Felanitx, 1957), en su casa estudio de la finca Ferrutx, en Mallorca.

Un lunes de febrero el artista mira al mar inmediato y la piel de media isla que domina, un damero de verde y tierra roja en labranza moteada por flor de almendro. Otras manchas blancas fijan las cumbres altas. Barceló, Premio Penagos de Dibujo 2011 de FUNDACIÓN MAPFRE, atiende a *La Fundación* y habla sobre su vida artística y su obra.

Autor: **Andreu Manresa** (periodista de *El País*)

Fotos: **Claire Mineur**, BPI, 2012

¿El dibujo sigue en el germen del arte?

No hago ninguna jerarquía entre dibujo y pintura. Están en un plano de consideración parecida, integrados en el conjunto de mi obra. Hay que decir igualmente que dibujo y pintura se han disociado, han adquirido su identidad en el todo. Los dibujos, podríamos anotar también, contienen cosas de verdad, gestos seguros, directos, sin trampa, al igual que el instante de fuerza que requiere la plasmación de una acuarela. Reconoces todos sus elementos.

El artista prepara un viaje a Sudán, después de quince días navegando por las Galápagos con su hijo Quim, de 16 años. Esta travesía fue casi iniciática para los dos Barceló, navegantes, pescadores y buceadores avezados en el

Mediterráneo, y en México o las Maldivas. Fue un premio por la película y el documental que sobre el artista y su *performance* con barro *Paso Doble* dirigió Isaki Lacuesta. «Me reconozco bastante pero no actué ante la cámara, no hice de actor, no es mi papel», recuerda.

Narra historias fabulosas e increíbles de piratas, de los animales excepcionales desvelados por la expedición de Darwin. Apunta personajes novelescos aislados en la aventura de utópicos robinsones, con tragedias familiares en un paraíso solitario del enclave. «Iré a Sudán para terminar de ver Egipto. No puedo ir a Mali, donde pasaba parte del año. Están los secuestros, pero lo grave es la guerra civil que hay y no aparece, estalló con las armas que trajeron de Libia los mercenarios de Gadafi. Una base de Estados Unidos allí lo complica más».

No está Miquel Barceló ensimismado en su éxito como artista y en su confortable posición. No es un personaje para un decorado. Enlaza el apunte sobre su trabajo con la reflexión de ciudadano implicado. Se pregunta por las amenazas sobre el futuro de su isla y el conjunto de Europa. Le preocupa el peso hegemónico de Alemania, su dictado político-económico. Retorna a su vida en el taller, a la descripción de un gesto proceso creativo:

«Al marcar con un dedo la arcilla blanda, el fango, al empezar a trabajar una cerámica, en esa huella que modifica se funden pintura, escultura, dibujo de los trazos digitales. Hay interconexión. Nunca suelo situar en ámbitos cerrados, aislados, las diferentes expresiones: escultura, dibujo, pintura, cerámica, grabado», reseña.

Barceló también escribe —es un agudo lector— y publica libros con sus textos y notas de dibujo y acuarelas. Pero

«*Voy vestido de pintor todo el día.*

Cada vez salgo menos, se me hace difícil actuar, estar fuera del taller»

para nada se cree un literato, aunque la mítica Patti Smith leyera en Nueva York como poemas las listas de sus *Cuadernos de África*.

«En mis cuadernos comienzo a escribir y acabo dibujando. Como hacíamos en los cuadernos de la escuela. No soy muy disciplinado y al poco de empezar con la caligrafía –otro método–, paso al dibujo para expresarme. No me percaté de la transición texto/dibujo; me divierte».

Guarda ya 500 libros/cuadernos de escritura y dibujos a tinta, lápiz o acuarela. No son historias ilustradas. Encuadernados en piel apenas curtida, recuerdan los libros antiguos, con buen papel a pliegos cosidos a mano. «No albergan proyectos o borradores de cuadros que un día serán piezas grandes. Siempre manejo tres o cuatro cuadernos a la vez y trabajo en ellos sin una organización preliminar. Los dibujos y las acuarelas, con sus escrituras, son un capítulo más de mi obra, un todo completo».

El volumen *Cuaderno del Himalaya* se publica a la vez en francés, castellano y catalán, es un fruto de sus observaciones en el deslumbrante árido escenario. «Hay más imágenes que notas de escritura», dice el viajero que camina en verano por los valles altos de las cumbres del planeta. «Escribo porque no tengo nada que leer», dijo en su día sobre su experiencia africana. Al Himalaya va con *e-book*. En París presentó sobre un escenario teatral un cuadro gigante negro y blanco del Taj Majal.

Con la buena compañía de textos de Francisco Calvo Serraller y John Berger, ha perfilado otro libro con una colección de las imágenes suscitadas en las monumentales pinturas rupestres de las grutas de Chauvet (Francia). Él describe apasionadamente a quien obró sus muros al preguntarle qué dibujante o época tiene una admiración perdurable:

«Chauvet es una maravilla, una gran muestra de pintura, la expresión artística más deslumbrante. Quizás la obra más importante de las conocidas. Para mí las pinturas más significativas de la gruta son de la misma mano. En los dibujos de leones se reconoce de hecho al primer artista, al mismo nivel que identificas a un *picasso*, en sus figuras, gestos y trazos. Es increíble, están sus huellas en el suelo, las hogueras donde quemó los huesos de animales para hacer carbón y dibujar, quedan restos de las conchas marinas de las que sacó su color para fijar sobre la superficie

de la piedra... Conocemos las manos de un fantástico artista. Una maravilla».

En Chauvet querían exigir el alto reconocimiento de la UNESCO. «Les comenté que las pinturas son en sí mismas más importantes que la UNESCO. El mensaje está allí, cambia la cronología del Arte, de todo el Arte que es único». Artistas actuales manejan una materia idéntica, un carbón de dibujo igual que el de Chauvet de hace 30.000 años. «Hay carboncillos de huesos quemados, un negro muy intenso y carboncillos vegetales. El blanco marino es de conchas quemadas, es curioso. Otros animales marinos, moluscos, que son triturados para buscar el color púrpura aún muy apreciado, difícil de hallar; se necesitan 100.000 caracolas. El púrpura es lo más caro junto al lapislázuli. Los uso en alguna acuarela especial...».

Miquel Barceló va con lápices y rotuladores en los bolsillos («como los albañiles», dice). El carboncillo ensucia el vestuario, pero él resalta: «Voy vestido de pintor todo el día. Cada vez salgo menos, se me hace difícil actuar, estar fuera del taller. El dibujo a carbón te ofrece posibilidades muy interesantes, al modo de la tiza de la pizarra: borras y vuelves a empezar de nuevo. Inicias y lo provisional puede ser definitivo. Queda, lo eliminas o es un elemento más de la obra. Alguna tela sólo es de trazos de carbón, dibujado. También está sobre la superficie de cerámica de formas antiguas, las finalizo con el carboncillo».

El mediodía no es un momento habitual de su trabajo pictórico; la tarde, la noche y la madrugada son más aptas. Su gran taller está en la falda del totémico peñasco de Ferrutx, un faro gigante en esa costa y horizonte. «Ahora acabo de dar los títulos, firmar y numerar las últimas cerámicas que he trabajado en *sa teulera* (una antigua alfarería del centro de Mallorca en la que obra el barro). Nunca firmo en un lugar visible. Doy nombre a cada pieza, tiene que ver con el elemento base (ladrillos de arcilla) y la realidad de Mallorca. El título de la muestra será, posiblemente, *Ladrillerías mallorquinas*. Es una ironía, un amplio comentario. Si en algo hemos sido líderes ha sido en el uso del ladrillo... sabemos hacer tejas y ladrillos, y hemos colocado muchos. La arcilla es parte de la isla y una habilidad local. Mis piezas con ladrillos son un reformulación, una manera de deshacer y usar el objeto en otro sentido, desde su materia».



Un mar y un bosque de arcilla manipulada y colorista, un mural cerámico de 300 metros cuadrados, han convertido la capilla que hizo Barceló en La Seu en la visita más deseada de la catedral de Mallorca. «Ese templo era mi lugar preferido para hacer una obra en casa. La catedral es la construcción de más interés de Mallorca, junto con las cuevas y montañas. ¿Si es un espacio eterno? Espero que no la compren los chinos. Mi intervención era un reto improbable después del rechazo a Joan Miró, que quiso hacer unas cristaleras. Pero por este 'no a Miró' de los canónigos (en los años 70, en la dictadura), seguramente, pude hacer la capilla».

No hay vértigo histórico ni incomodidad. «El tiempo es el observador absoluto, La Seu en sí misma es un gran espacio, una escultura de aire, en cuyos muros se plasma una síntesis histórica del arte».

Este 2012 Barceló revisitó La Seu después de un tiempo de no observar su impactante obra. Fue con el pintor Francisco Clemente, quien le ha retratado varias veces. Al tiempo, el artista de Felanitx le captó en sus retratos con lejíja sobre fondo negro. Pinta sobre un negativo que enblanquece, el retrato se revela, aflora una imagen blanca que mancha la tela con un perfil de pocos trazos de lápiz blanco. «Con Clemente hicimos unas acuarelas en colaboración. Es un juego a cuatro manos».

«Me gustó ver otra vez de cerca la capilla. Era una mirada nueva, pasó ya una década desde que comencé esta ce-

rámica. Queda bien integrada, todos sus elementos funcionan, una vez que se han difuminado algunos inconvenientes locales creados», manifiesta.

El mural nació de auténticos estrenos diarios: «Era un reto y una improvisación al día, una aventura. Siempre hubo un hallazgo para la *giornatta*. Aparecía de un agujero una boca de pez distinta, una gota devenía una berenjena, muchas formas crecieron de los golpes dados contra el fango fresco desde atrás. El método o compromiso que me marqué era hacer en cada jornada una cosa nueva, distinta. Improvisando, sin poder ni querer rehacer o retocar lo anterior, obrando *ex novo*, avanzando desde una idea general».

El desafío fue integrar en una catedral medieval el fondo del mar de fango, el oleaje, más la selva, los frutos y animales, con un níveo y selvático Cristo resucitado según la iconografía y el milagro de los panes y los peces. Barceló sitúa «claramente en el siglo XXI» otra de sus inmensas obras, la caverna marina multicolor de 1.500 metros cuadrados que colgó en la sala de las Naciones Unidas en Ginebra. «Si con la arcilla el reto era solitario, de novedad, la cúpula era un desafío, una apuesta también tecnológica enorme. Yo pintaba, lanzaba la pintura, pero en los orígenes dependía de un complejo equipo de técnicos y máquinas. Jugábamos contra la fuerza de la gravedad con resortes técnicos en un orden no académico. Tras seis meses de fracasos para sostener las estalactitas y poder manejar sus formas y plasmar los colores, tenía que decir: o seguir o no. Fue agónico, pero seguí y puede hacerlo».

«Estas obras enormes», afirma, «suponen un gran esfuerzo. A veces, medité si había alguna manera de ampliar diez veces mi mano, para intervenir en superficies mayores, en esos proyectos de gran dimensión. En el taller hemos multiplicado pinceles para ensanchar el trazo y poder dar un gran golpe de pintura instantáneo, completo».

¿Se acuerda de sus cientos y cientos de obras?

Claro, de todas. Prácticamente me sé toda mi obra de memoria. El arte siempre es lo mismo y diferente a cada mirada, una pintura, un dibujo siempre sorprende al volverlo a ver. El dibujo permite rectificar. He borrado y he destrozado muchos en el taller. Otros quizá aún no sé si debería haberlo hecho. Pero, sí, me reconozco en toda mi obra. ■